

MI CAMINO HACIA LA MEDICINA ANTROPOLOGICA

por el Dr. WOLFGANG KRETSCHMER,
 Director Asociado del Centro de Antropología Médica

El Dr. Kretschmer, profesor contratado por esta Universidad nació en Bad Mergentheim, en 1918. Es hijo del eminente psiquiatra alemán Ernst Kretschmer. Se desempeñó en hospitales psiquiátricos universitarios de Marburg y Tübingen, y dirigió la policlínica psicoterápica del Hospital de Tübingen. Sus obras publicadas en Alemania son "La neurosis como problema de maduración" (Stuttgart 1952), "Sabiduría psicológica de la Biblia" y "Conocimiento de sí mismo y formación de la voluntad en la medicina (contribuciones a una psicoterapia sintética)".

El Dr. Kretschmer realizó durante la guerra mundial última interesante experiencias: entre 1939 y 1945 hizo la campaña de Francia como enfermero y la de Rusia como médico militar.

En vez de un análisis filosófico sistemático estimo más apropiado ofrecer un relato vivo, para informar sobre las líneas generales de mi trabajo. No es fácil entender lo que queremos significar con medicina antropológica, pues se trata aquí de un ámbito nuevo e insólito de enseñanza e investigación médica.

Es notable y digno de encomio que Chile se haya interesado en estos problemas antes que muchos otros países. Pues ya se ha establecido un Instituto y una Cátedra en Santiago, cosa que apenas si tiene precedente en el resto del mundo, pues al respecto sólo podríamos mencionar la Cátedra de Medicina General de la Universidad de Heidelberg (servida por el Dr. Christian) la cual sin embargo no ha sido establecida con el espíritu de iniciativa americano.

Es sumamente difícil encontrar médicos capacitados para afrontar la labor antropológica, pues para ello es menester un profundo conocimiento de psicología y filosofía y además no existen ni currículum ni carrera alguna que lleven hacia la medicina antropológica. El camino debe, pues, buscarse con entera independencia, y a menudo luchando con circunstancias adversas.

Todo eso yo lo ignoraba cuando durante muchos años estudié latín y griego en el liceo humanístico alemán. Una educación tan árida y anticuada contribuyó a desarrollar mis facultades lógicas y a despertar mi interés por problemas filosóficos, pero no llegó a satisfacerme por completo.

Pero a nadie le preguntan qué clase de escuela desea. Sintiendo más atraído por lo vivo que por las cosas del pasado, me consagré alegremente a la biología y llegué a convertirme en un buen botánico y en zoólogo aficionado. Además, por cuenta propia, emprendí el

estudio de las lenguas modernas, que tanto favorece la comprensión del ser humano.

Respondiendo a mi más fuerte inclinación, quería dedicarme a la zoología, pero mi padre era de opinión que estudiase medicina, puesto que, considerada desde el punto de vista médico, la profesión de biólogo universitario carecía por completo de porvenir. Además opinaba que más adelante podría incorporar la zoología a la medicina. En su fuero interno opinaba sin duda que por último me resignaría a la medicina. Así estudié medicina. Mi experiencia biológica, que procuré fomentar, me fue utilísima. Desde niño estaba habituado a ver y distinguir las formas y colores de animales como asimismo sus varios movimientos; aprender a observar formas vivas era de gran utilidad en el estudio de la medicina, pues tanto la morfología como el movimiento son de gran peso en el diagnóstico.

Si bien me fascinaban las diversas ramas de la biología, tanto las "exactas" como las descriptivas, una necesidad todavía oscura me impulsaba a captar la medicina no solamente desde la biología. Además estudié filosofía, cosa que me rindió un provecho extraordinario, pero la filosofía académica en general me parecía "anémica" no sólo en lo que respecta a la descripción de la vida de la naturaleza, sino también en que descuidaba por completo los impulsos y sentimientos del hombre. De otro lado, me proporcionaba importantes herramientas para ver si los conceptos e hipótesis de la medicina se correlacionan lógicamente entre sí, cuáles metas de trabajo persigue la medicina, qué tabla de valores acata y, en fin, qué imagen del mundo posee. Desde entonces he considerado la relación entre medicina y filosofía como una mutua corrección y recíproca ayuda. La filosofía ayuda a la medicina coordinando el recto manejo del pensamiento y a su vez la medicina insta a la filosofía a ampliar su pensamiento hasta abarcar los problemas más actuales.

Así empecé a pensar críticamente acerca de la medicina. Una investigación somera me bastó para poner en evidencia graves contradicciones en el lenguaje médico. Cómo encontrar la conexión lógica entre expresiones tales como naturaleza, vida, fuerza de resistencia, de una parte, y metabolismo, presión sanguínea, temperatura, de otra. Al paso que las primeras expresiones re-

visten conceptos mágicos, las segundas significan conceptos mecánicos y al parecer nadie había hecho hincapié en tal confusión. Tampoco insistían los profesores acerca de la diferencia entre la aprehensión fenomenológica y la analítica-cuantitativa de la naturaleza, o de cómo ambos métodos se correlacionan, de cuáles son sus límites o su esfera de aplicación. Me volví hacia la tradición del idealismo alemán. Goethe quería, con el método fenomenológico que expone en su "Teoría de los colores", vivir interiormente y percibir con los sentidos del modo más amplio y exacto posible las circunstancias naturales. Esto requiere una muy cuidadosa formación y desarrollo de la sensibilidad y del sentimiento. La física nueva prefiere con mucho el método analítico-cuantitativo. La circunstancia natural queda considerada sólo como objeto exterior y sus cualidades, captadas en el número más limitado posible, reducidas a puras relaciones numéricas. Todo esto exige tan sólo buenos instrumentos y ejercicio del entendimiento. Mis profesores en su mayoría sólo estimaban como correcto y exacto el método analítico, al cual atribuían el triunfo de la medicina contemporánea y estimaban el método de Goethe como una poesía y sin aplicación práctica alguna. Argumentos semejantes sólo me convencían en parte, pues de los pacientes obtenía una imagen muy distinta, al dejar que sus impresiones sensibles obraran en mí en vez de limitarme a los resultados cuantitativos acostumbrados. Lo uno debe completar lo otro, por ello ambos aspectos deben aprenderse sin menoscabo de ninguno. De igual modo me sorprendía el que los sabios considerasen todos los procesos vitales fuertemente determinados por leyes causales, reputando todas las demás teorías de indemostrables. Pero al ser emplazados debían reconocer que cada acusado había actuado sin coerción alguna o en otros casos sin responsabilidad. Igualmente notable me parecía que entre médicos hubiera muchos buenos músicos o pintores, pero frente a sus colegas y pacientes obraban como si nada supiesen fuera de fórmulas químicas y leyes físicas, a menudo sus clínicas se asemejaban más bien a laboratorios técnicos o talleres mecánicos.

Considerados en total llevan los médicos aparentemente una doble vida, entre representaciones mágicas, metafísicas y fenomenológicas de una parte y mecánicas, racionales-analíticas y deterministas, de otra. He dedicado al lado fenomenológico de la vida particular atención, no sólo debido a que soy un mediocre calculista sino ante todo porque con el tiempo me he ido dando cuenta de que sólo dentro del ámbito inmediato de lo visto, lo oído, etc., médico y paciente se encuentran, comprenden y ayudan. Únicamente en el plano fenomenológico nos encontramos en lo propiamente huma-

no. Quizá aquí aprendamos también a entender qué cosa sea la enfermedad, pues la medicina académica no la define en cuanto tal, limitándose al total de los síntomas y sus orígenes.

La última guerra me llevó como médico militar al frente ruso. Durante año y medio estuve desempeñando tareas que podríamos llamar la medicina práctica; atendiendo quizá a varios millares de hombres, mujeres y niños, fueron los pacientes más amables y comprensivos que hasta entonces encontrara. En medio de tan cambiantes circunstancias, se me presentó con insistencia la dependencia social de la medicina. Bajo condiciones materiales primitivas, se resentía la técnica médica, empero el paciente era dócil y sin pretensiones. Como es natural, tenía a mi cargo tanto amigos como enemigos. Correspondientemente, traspasaba los límites de mi incumbencia profesional para ayudar a la población frente a la arbitrariedad de la soldadesca. Surgió en mí un profundo sentimiento liberador al proponerme quebrar las barreras artificiales que rodean a hombres sometidos a circunstancias moralmente adversas, y por aquellos años he visto, a través de inmediatas experiencias, qué favorables posibilidades se ofrecen al médico para fomentar la comprensión entre los pueblos y luchar contra las injusticias sociales. Por último, la guerra me depuró una enseñanza inolvidable acerca de las consecuencias que acarrearán a la medicina las trabas de índole política; el repudio a los médicos políticamente fanatizados; lo indigno del médico que se deja inducir a criminales experiencias en los cuerpos de sus pacientes, del que abandona al enemigo enfermo o del que carece de toda convicción humana. De allí viene mi búsqueda de una clara conciencia médica profesional, de fundamentos éticos inobjetables y mi demanda de entera prescindencia política por parte del médico. Tan pronto como el médico confiese determinada tendencia política, sea ésta inspirada en la economía o en una concepción del mundo, él y sus pacientes serán las víctimas de ella.

Hacia las postrimerías del conflicto, me hallaba dentro del círculo mágico de una medicina cuyos útiles métodos tanto del ámbito mecánico-técnico como del químico, resultaron de gran valor en aquella época convulsionada y digna del mayor respeto, por cierto. Al mismo tiempo, conocía una medicina en peligro de perder de vista al hombre, pues se consideraba a sí misma como nueva ciencia natural y no, como lo ha sido siempre, como ciencia humana, persiguiendo la génesis de la enfermedad, sin considerar al enfermo en cuanto vive la enfermedad, o en cuanto la fomenta, cuando no se esfuerza por provocarla. Todo esto dentro del "realismo ingenuo" que considera efectivas sólo obser-

vaciones exteriores y mediciones exteriores y que se interesa poco en los requerimientos interiores del paciente (psicología), o en los sentimientos individuales del moribundo o del convaleciente (metafísica). Medicina semejante resultaría en una técnica desprovista de belleza, de ideales éticos, sin conexión religiosa. De todos modos nos amenaza, pues está comprometida con las grandes fuerzas de nuestra época: la física, la química, la política y la economía. Sin embargo, siempre me he preguntado si existe alguna contradicción entre las acciones abnegadas de los médicos y su desprendimiento de todo pensar filosófico o psicológico, contradicción no sólo superflua sino también ilógica.

En tal situación, pasé después de la guerra a la psiquiatría, pues aquí las contradicciones de la medicina ya señaladas obran en forma particularmente negativas. Por otra parte, es posible, al menos aquí, investigar los procesos anímicos del hombre. Mi meta no era reducirme a observar y describir sino a entender al enfermo. La clínica en donde hacía mi trabajo subvencionaba mis intenciones, y así pude ampliar y consolidar sistemáticamente mis experiencias médicas y científicas en el ámbito antropológico. Dada la amplitud de la tarea, no era simple el camino. Al visitar las salas de los enfermos mentales graves, con su peculiar mezcla de lógica y sinrazón, aprendí valiosas lecciones de filosofía y psicología. Las perturbaciones nerviosas y cerebrales permitían una inferencia sobre lo que sucede en el organismo en total. Muchos achaques nerviosos en la respiración, la circulación, y la digestión que me tocó examinar, debían atribuirse retrospectivamente a trastornos emotivos. Así cabía proceder, en parte, a partir de lo corporal y en parte también, como se dice, "psicoterapéuticamente". El centro de gravedad de mi tra-

bajo se inclinaba fuertemente hacia los diálogos médicos, pero también a todos los métodos, tales como hipnotismo y relajación, gracias a los cuales es posible atenuar la nerviosidad corporal y promover el desarrollo anímico. Así en los últimos años he debido ocuparme de neurosis, crisis matrimoniales, problemas del trabajo y dificultades en la educación. Todo ello me ha conducido nuevamente a captar con claridad la importancia social de la medicina. Era un trabajo sumamente conmovedor y me llevaba a comprender más claramente el punto de vista de la antropología, pues el médico que habla al paciente aprende a conocer todos los ámbitos de la vida y todos los problemas sociales, experimentando así mejor que cualquier otro profesional académico cuáles son las necesidades y anhelos del ser humano.

El lector tendrá ya una idea acerca del propósito y conceptos de la medicina antropológica. Quiere constituirse en verdadero polo dialéctico de la medicina naturalista, pretende relacionar todos los hechos, empezando por lo físico-químico, con el hombre en cuanto persona; busca lo específicamente humano en la forma y actividad del cuerpo; pregunta por el valor y sentido tanto de la vida enferma como de la sana, por último se ocupa de saber si el método médico sirve sólo requisitos económicos, aspiraciones políticas o principios científicos o si sirve realmente al hombre en su calidad de ser espiritual. En vista de la magnitud increíble de la tarea, la medicina antropológica por ahora debe ceñirse a aclarar, enseñar, prevenir y recomendar. Que rinda fruto útil a la humanidad depende de cómo sus contribuciones sean recibidas por el público y los médicos.